

mos todos en el secreto; sabemos que daríais la vida y la sangre por libraros de ese vicio de la sensualidad, de ese vicio del juego, de ese del alcohol.

Á vuestras solas lloráis, y lloráis lágrimas amargas considerando la esclavitud en que arrastráis la existencia y luego componéis el rostro á duras penas para ostentar la máscara de la felicidad y del placer.

Pues bien; podéis gozar todavía de la libertad que gozan los hijos de Dios.

Frailes Mercedarios de lengua barba, blanco hábito y escudo rojo en el pecho, recorred la tierras, romped cadenas, cumplid con vuestro Instituto, libertad cautivos.

No están ahora en Argel ni en Marruecos: están en Europa, en América; en todas partes.

La obra de Jaime el Conquistador, de Pedro Nolasco y de Raimundo de Peñafort tiene una misión que cumplir todavía en el mundo.

¿No se hizo para romper cadenas?

Pues rompan las que deshonran al humano linaje, las que le atan al carro del vicio, las que imposibilitan la marcha de las naciones por el camino del progreso, de la civilización y de la libertad.



VI

Ilusión y realidad.

BONITO título para un drama.

Selo brindo al primer Galdós que quiera y con eso hará un drama en el cual habrá algo bueno y será el título.

De este título han salido y están saliendo muchos dramas y algunos más agradables de lo que sus mismos autores quisieran.

Lo digo porque, mediando un abismo, el que media entre la verdad y la mentira, entre la ilusión y la realidad, nuestros juicios y hasta nuestras creencias religiosas se forman dejándonos llevar no más que de las ilusiones.

Estudiar la realidad es algo que dice con nuestro temperamento y nuestra idiosincrasia.

Los curas son unos obscurantistas, unos ignorantes y unos malvados.

Este es un axioma.

Pero los que lo aceptan y lo ponen sobre sus cabezas van tratando curas y á cada uno que tratan van diciendo : si todos fueran como éste me reconciliaría yo con el clero.

Un sacerdote malvado tiene poder para inficionar á toda la clase sacerdotal.

Veinte buenos no pueden merecer un epíteto favorable para sus compañeros.

El bueno siempre es la excepción y el malo ipso facto es la regla general.

Sucede que después de haber dado por sentado que los curas son intratables ; que no se puede hablar con ellos ; que tienen las costumbres más depravadas ; llega un día en el cual hemos de entrar en la casa de un cura.

Es decir tenemos que pasar de la ilusión á la realidad.

Sin que nosotros queramos, la realidad va á sernos conocida.

Y resulta que aquella casa es la de un hombre virtuoso, sociable é ilustrado.

Lo primero que vemos al entrar son libros, lo que no se ve en la casa de ningún libre-pensador.

Hay allí imágenes sagradas. Hay orden admirable y limpieza mezclada con pobreza y modestia edificantes.

Entrando en aquella casa se ve desde luego que es el templo de la paz, del estudio y de la virtud.

La salida para el que no quiere abrir los ojos á la realidad es sabida : « Esto es una excepción. »

Los Obispos por su parte, ¿ quién no sabe que son riquísimos, orgullosos y autoritarios?

Hasta las piedras están convencidas de esto. Á la realidad.

Se presenta cuando los azares de la vida nos hacen entrar en las intimidades ó en el hogar de algún Prelado.

Qué sorpresa nos causa la realidad.

Qué asombro.

El Obispo resulta el hombre más bueno y más asequible del mundo.

Todo se reduce á que por las obligaciones de su cargo no puede ni aun tener sentimientos naturales, tanto es lo que ha de mortificarse continuamente.

El sillón donde se sienta es de terciopelo.... convertido en potro de tormentos.

Allí en aquel sillón tiene que oír á cien personas cada día y todos los que le visitan están en la íntima persuasión, sin que les asalte la más pequeña duda, de que el Obispo no tiene absolutamente otra cosa que hacer más que oírles á ellos.

Qué solemne y hermoso es un Pontifical.

Qué trono tan brillante. Qué ornamentos tan magníficos.

Qué honores se rinden allí al representante de Pedro.

Bueno, pero dentro hay un señor que no suele ser joven y al cual le dan las diez y las once y las doce del día sin haber podido tomar ni agua, resistiendo el calor y el agobio de pesadísimos ornamentos y teniendo que sonreír siempre como seguramente sonreían los mártires cuando estaban en la parrilla.

El Obispo tiene además dos obligaciones estrictas.

Proveer los cargos eclesiásticos de manera que todos resulten satisfechos. Es decir, que al vacar una parroquia ha de nombrar un párroco y hacer que se queden locos de contento los ocho ó diez que pretendían la prebenda.

Tiene por ende que estar dispuesto á dar dinero á todo el que lo solicite.

¿ Es esto poco ?

Pues añadamos que si castiga al delincuente, es un Nerón insoportable; y si no lo castiga, es débil é inepto.

Visto todo esto el que se acerca á un Prelado acaba por decirse á sí mismo : ¿ Cómo habrá quien acepte semejante cargo ?

Ya tenemos la realidad oponiéndose á la ilusión de los que creen que los sacerdotes se pirran por ser Obispos.

¡ Ah! si nos atuviéramos á la realidad de las cosas, si no viviéramos de ilusiones, qué bien andaría el mundo.





VII

¿Y los jóvenes?

PORQUE no los veo por ninguna parte. Hombres de veinte años y de veinticinco sí los hay. Jóvenes, ó están escondidos ó no existen.

Creo que conforme no es madre toda la que tiene hijos, tampoco es joven el que tiene pocos años.

Joven es el que lucha por ideales: el caballero, si no precisamente de una dama esquivada como los de la edad media, pero sí de una madre anciana para la que se sueñan satisfacciones y comodidades; de una patria adorada para la que se pretenden días de gloria y de poderío; de una escuela filosófica ó teológica que se quiere llevar al piná-

culo de la victoria; de un arte inspirado al que se rinde culto ardiente.

Joven es el que tiene un corazón que late á impulsos de todo sentimiento noble y se subleva contra todo lo bajo, todo lo injusto, todo lo tiránico.

Joven es el que no cuenta el número de los enemigos cuando hay que combatir ni cree que puede ser vencido.

Joven es el que nunca mira hacia atrás y siempre hacia delante.

El que no admite que exista el número dos, porque todo lo que no sea el uno es insoportable. Y en el trabajo, en el estudio, en el talento, en el valor ó en la virtud se va á la primera fila.

¿Por qué ahora, todos dicen lo mismo, no existen casi discusiones literarias ni científicas ni aun religiosas?

Porque la lucha habría de venir del choque de unas y otras ideas sostenidas por el valor juvenil y los jóvenes se han entendido perfectamente, opinan todos lo mismo, están unánimes.

Hay que vivir sin trabajar.

Hay que encontrar una novia rica ó un padrino poderoso.

Los viejos todavía hacen esfuerzos para combatir por sus diversos ideales, pero la vejez no es la edad de las luchas; sino la del descanso.

Los hombres de pocos años asisten á esas luchas con la sonrisa del desprecio en los labios.

Pobres gentes á quienes interesa si Cristo es Dios : si ha de imperar el libre cambio ó el proteccionismo : si es el romanticismo ó el clasicismo el que acierta en cuestiones artísticas, si al jacobinismo ó á las ideas conservadoras ha de confiarse el gobierno de los pueblos.

Ahora viene una compañía de ópera á México y una compañía de ópera no es lo mismo que una Sociedad para explotar el cultivo de la remolacha.

Es algo que toca muy de cerca al progreso de un pueblo; algo que ha de hacer que se adelante ó que se atrase en el camino del buen gusto artístico. Pues bien, inmediatamente se dividen los campos.

De una parte la juventud peleando por lo antiguo, lo atrasado, lo antiartístico. De otra los que ya no somos jóvenes, diciendo : « Que hay adelantos en el arte; que hoy se escribe

música mejor que hace un siglo; que la *Traviata* es una cursilería; que existen *Tanhauser* y *Lohengrin* en el mundo.

Se trata de política y los jóvenes son partidarios decididos de que imperen los procedimientos de la mordaza, porque cuando se pide para los católicos es lo mismo que cuando se pide para los de otras escuelas.

Los jóvenes quieren que no se discuta, que no se escriba, que no se diluciden las cuestiones, sino que desde la cantina ó el café se declare ex cátedra que el catolicismo ha muerto y se siga bebiendo Bordeaux ó Jerez.

Los jóvenes calculan perfectamente que vale más una buena credencial del gobierno que todos los laureles literarios de la tierra.

Los jóvenes leen ataques á lo que dicen amar y venerar y se quedan tan tranquilos pensando : « Qué peso duro me van á dar á mí por romper una lanza en defensa de tal ó cual afirmación ».

Como los viejos no se dedican generalmente á escribir periódicos y los jóvenes aspiran nada más que á ganarse el sueldo mensual llenando las columnas de reglamento, los diarios son una especie de inyec-

ción de morfina capaz de hacer dormir á un loco y entretener á un tonto.

Yo lo declaro ingenuamente. Me encantan aquellos jóvenes de hace medio siglo, fueran de uno ú otro bando, fueran católicos ó no lo fueran, pero llenos de entusiasmos, aquellos que estaban presos ó mandados prender, el uno por un artículo de periódico, el otro por haber reunido en su casa un núcleo de descontentos con el gobierno; aquellos que se jugaban la vida con la sonrisa en los labios y la alegría en el alma; aquellos para los cuales era un estímulo mágico la palabra patria; los que soñaban y escribían y conspiraban y amaban y luchaban y caían ó triunfaban.

Solamente la cuestión del clasicismo y el romanticismo enardecía los ánimos de modo que se libraran verdaderas batallas, cuyos proyectiles eran artículos, folletos y discursos.

Toda aquella pasión, aquel entusiasmo, aquel ardor juvenil llevado á las columnas del periódico engendraron la Prensa moderna con su importancia innegable, su atractivo á que todavía no nos podemos sustraer, y sus títulos de gloria inmarcesible.

Como sigan faltando los jóvenes, la prensa irá, como va, camino de la insignificancia, del desprestigio y del aniquilamiento.

Devánanse los sesos algunos buscando las causas de que los periódicos para vivir tengan que agarrarse á las subvenciones y aun así pasen sus apuros.

No hay que pensar mucho para comprender que la causa no es otra que la falta de jóvenes; el olvido de que no existe subvención como la que da un pueblo que cada mañana arranca de manos de los vendedores los números de la hoja que viene reflejando fielmente la opinión y reproduciendo los latidos del sentimiento popular.

Vibren esas hojas con nobles entusiasmos, reflejen algo que esté en la cabeza y en el corazón de las masas populares y ríanse de toda subvención y padrinazgo de los grandes de la tierra.

Lo diré para concluir : No tenemos jóvenes y sin jóvenes no se puede vivir.

Los viejos son la experiencia; los jóvenes son la marcha, el esfuerzo, la vida.



VIII

El problema.

EL caso es que hace más de un siglo estamos intentando resolver el tal problema y todavía nos encontramos como el primer día.

Y cuidado que hemos dado vueltas y se han ocupado de él gentes de talento y de ciencia.

Á veces ha parecido que ya estaba el problema resuelto y llenos de júbilo hemos exclamado : « Eureka ».

Nada; al poco tiempo otra vez el problema se ha presentado pavoroso y tan sin resolver, como si nadie se hubiera ocupado de semejante asunto.

¿De qué problema se trata?

Eso lo preguntará el que no esté al tanto de la marcha de los acontecimientos modernos.

Pero, en fin, lo diré para los ignorantes.

Se trata de que es absolutamente necesario sustituir la religión con algo que sirva para educar jóvenes y enfrenar viejos.

Desde los comienzos del siglo pasado, y gracias á la Revolución Francesa que, por decirlo así, nos desasnó enseñándonos los derechos del hombre ó sean nuestros derechos, que hasta entonces habían permanecido ignorados, decidimos de un modo irrevocable suprimir la religión en todos los órdenes de la vida.

Nada de oración, nada de sacerdotes, nada de iglesias y mucho menos de intervención del orden sobrenatural, en la educación, en la familia y en la gobernación de los estados.

La resolución no pudo ser más acertada.

Tenía la religión muchos inconvenientes.

En particular esa intransigencia con que fustigaba los vicios que ya iba picando en historia.

No nos dejaba vivir.

Un suspiro de satisfacción lanzamos todos cuando supimos que por fin había quedado

suprimida y suprimida para siempre la religión.

Pero sucedió que al poco tiempo comenzamos á ver que hacía falta sustituir lo abolido con algo que hiciera sus veces.

Al fin y al cabo la religión era un freno para los criminales, era un consuelo para los afligidos, era una esperanza para los moribundos, era otras muchas cosas que hacían su servicio en la humanidad.

Al principio el problema se presentó facilísimo.

Casi, casi nos hizo reír :

Valiente cosa iba á costar á los genios librepensadores, que nos habían libertado de la idea religiosa, el sustituirla con algo mejor.

Así lo dijeron ellos también.

¿La religión tenía su moral?

La filosofía atea la tiene también. ¿La religión consolaba á los tristes? Nuestra ciencia los consolará mejor ó, lo que es más radical y perfecto, los suprimirá por completo. ¿La religión formaba familias? Nosotros las formaremos tales, que en su comparación resulten las antiguas un esperpento.

Entonces fué precisamente cuando en varios pueblos se procedió á cortar el pes-

cuerdo á todos los curas y á todos los frailes.

Como que no hacían ya falta para nada absolutamente.

Confiscáronse también los bienes de la Iglesia por ser la Iglesia algo arcaico y por completo inútil. Bueno; pues ahora á vivir.

Á vivir sin curas, sin iglesias, sin frailes, sin nada que recuerde los tiempos ominosos de la religión.

Qué desencanto. La moral filosófica fracasó por completo.

No servía más que para que se pronunciaran discursos cursis.

La familia civil fué considerada como una *troupe* de circo, sin respetabilidad, sin consistencia y sin virtud.

Las nuevas ideas pudieron servir para escribir libros y folletos más ó menos bonitos y literarios, pero desde luego se comprendió que no habían jamás de secar una sola lágrima ni disminuir una sola pena del corazón humano.

Oyóse aquí un grito de protesta; sonó más allá un silbido de indignación; por un lado levantóse la voz de los sabios; por otro la de los hombres honrados.

Anuncióse la bancarrota de la ciencia

impía; la bancarrota de la moral filosófica; la bancarrota de los que habían engañado al pueblo prometiendo sustituir la religión con algo mejor.

Y surgió el problema. Hay que tenérselas tías y no dar entrada á la religión ni en las escuelas ni mucho menos en el gobierno de las naciones.

Hay también, y cuanto antes pues la cosa urge, que inventar algo que sea un dique á la corriente de la inmoralidad, de la ignorancia del pueblo, de la rebeldía de los obreros, de la tiranía de los patrones.

La familia se descompone; las clases sociales se declaran la guerra; la juventud no quiere estudiar; los pobres no se conforman con serlo y piden imperiosamente un puesto en el festín de los placeres.

La religión lo podría arreglar todo.

Lo ha arreglado muchas veces y cuando era más difícil, como fué en la corrupción romana.

No queremos religión. Vamos todavía á probar otra cosa. ¿Es posible que solamente la idea religiosa pueda dar á las sociedades la estabilidad y las virtudes que necesitan para subsistir?

Un gran genio ha dicho que es más fácil hallar una ciudad sin cimientos que una ciudad sin religión.

Debía ser obscurantista el tal genio.

Por lo menos hagamos otro ensayo; si sale mal apelaremos á la antigua religión. Será un fracaso y una humillación terrible para el librepensamiento, aquel que tan orgulloso se presentaba á principios del siglo XIX.

El ensayo saldrá mal, ya lo sabemos, y entonces habrá sonado la hora, ya muy cercana, del triunfo del catolicismo.





IX

La ropa de la criada.

AYER me salí yo con un título que de perlas me parecía para un drama.

Hoy « El Imparcial » ha dado con un nombre que, aplicado á alguna obra del género chico, tenía ya el éxito asegurado : « La ropa de la criada ».

Arniches se volvería loco de contento si diera con semejante frase.

Vamos á lo que importa.

La ropa de la criada es todo un mundo de revelaciones; es una lección provechosa y un dato que no habrán de echar en saco roto los que se ocupen andando el tiempo de la cultura literaria del siglo XX.

¿No se va á abrir dentro de poco una Universidad periodística?

Y quizás anden buscando catedráticos sin saber que aquí tenemos quien es capaz de escribir sin preparación ninguna artículos tan luminosos como la ropa de la criada.

Ni que decir tiene que el tal artículo es una filigrana de buen gusto y de interés.

Estábase allá en París el infeliz Guy de Maupassant creyendo que tenía él el privilegio de las narraciones interesantes y al mismo tiempo amenas y cultas.

Acaso se vanagloriase de encontrar títulos que dan la vuelta al mundo.

Desgraciado.

Tomárase la molestia de subir á bordo de algún transatlántico y trasladarse allende, para él, y aquende para nosotros, los mares.

Encontraríase con una prensa liberal donde, así como la cosa más natural del mundo, como quien no hace nada, sin darle importancia, se escriben ropas de la criada.

Pasmado habría de quedarse viendo cómo en tranvías, en cafés, en todas partes los niños lo mismo que los viejos, los hombres ilustrados como los que forman el estado llano,

devoraban que no leían, esos artículos, verdaderos focos de luz meridiana, cuyos fulgores no llegan hasta París por la densidad de la atmósfera.

Una señora que se queja con sus amistades.

Es decir, una señora que hace lo que nadie había hecho hasta ahora en el mundo, pues todos ó nos habíamos quejado á nuestras amistades ó de nuestras amistades.

Quejarse CON sus amistades estaba reservado á quien debe ser sumamente querida de sus amigos, como quiera que se quejan con ella formando una especie de coro.

La causa del coro quejumbroso era que las criadas resultan « holgazanas, sucias y rateras ».

Pobre
chica
la que tiene
que servir.
Hasta
insultos
coreados ha de oír.

Afortunadamente antier; lástima que no hubiera sucedido eso ayer ó hace tres días

y así nos hubiéramos librado de un antier como una casa.

En fin : « El que haya un antier más, ¿que importa al mundo? »

Lo importante es que la señora que se quejaba con sus amistades dejó de quejarse por la sencilla razón de que se le presentó una muchacha, verdadero mirlo blanco de las Menegildas.

« Modestita, guapa, limpia y bien vestida.

Teste « Impartiali ».

Llevó la sirviente una gran cesta al parecer de ropa; estuvo en la casa unas horas; salió á buscar informes por escrito y...

Ojos que te vieron ir
Ya no te verán volver.

Llevóse, según la narración de « El Imparcial », todas las alhajas y ropas que la confiada señora tenía en un armario, y dejó en cambio el gran cesto al parecer de ropa, son palabras tomadas del mismo diario de la mañana.

¿En qué dirán VV. que consiste el timo que llena de indignación á « El Imparcial? »

Pues en que la criada guapa dejó, á cambio de las alhajas y las ropas, parte de una colección del mismo « Imparcial ».

Unos Imparciales viejos, dice el luminoso y modesto diario que dejó en la gran cesta aquella tunanta.

Todavía es capaz la señora de quejarse *con* sus amistades del cambio.

Se la llevan unas miserables gemas y unos trapos más ó menos valiosos y la dejan un diluvio de artículos del corte y mérito de « La ropa de la criada ».

Deje « El Imparcial » sus modestias y crea, como creo yo, que la muchacha prófuga, aun en el caso de que sea habida, no debe sufrir castigo alguno.

Se llevó menos de lo que dejaba.

Por otra parte, una joven que deja una colección de Imparciales es evidentemente una joven que los lee y por eso los tenía en casa.

¿En qué cabeza cabe, pues, que una persona que lee diariamente « El Imparcial » invente un timo nuevo?

Quien se amamanta, por decirlo así, con las lecturas recreativas, literarias y morales del periódico de la calle de las Damas podrá

hacer un cambio que juzgue inocente; nunca dar un timo.

Aprovéchese la señora quejumbrosa del tesoro moral y literario que la han donado y no vuelva á decir *con* sus amistades que las criadas son rateras y poco ilustradas.

